

El Acto y los actos analíticos

Norberto Rabinovich

A partir de la convocatoria a este seminario sobre el Acto Analítico, centraré mi exposición en una lectura y comentario del Seminario 15 de Lacan que lleva ese mismo nombre. El título que puse a mi participación —El Acto y los Actos Analíticos— apunta a recortar en el seno de las diferentes modalidades de intervenciones del analista en la conducción de un análisis, aquellas que pueden ser consideradas actos analíticos en un sentido estricto y distinguirlas de las demás que no contienen, por decirlo así, el carozo lógico del Acto Analítico. O sea que llamaré actos analíticos sólo a aquellas intervenciones que reproduzcan, o mejor aún, repitan la lógica del Acto Analítico.

En primer lugar trataré de especificar a qué me refiero cuando hablo del Acto con mayúscula. Se trata de una categoría de orden teórico cuyas coordenadas clínicas son de muy difícil aprehensión. Parafraseando a Lacan defino la realización del Acto Analítico como la efectuación en el analizante del fin —aquí la finalidad— del análisis.

¿Cuál es dicha finalidad? Es una pregunta sobre la cual los analistas no dejamos de interrogarnos. Hay un inmenso abanico de cuestiones por donde se puede abordar el problema (atravesar el fantasma, identificación al *sinthome*, autorizarse por sí mismo, etc.), pero dado que estamos centrados en el seminario del Acto Analítico, tomaré la dirección que Lacan, en dicho seminario, ubica como nudo central de su tesis. Esta se refiere a aquello que Freud había adelantado en términos de «liquidación de la neurosis de transferencia». La expresión «neurosis de transferencia», en Freud, designa tanto la estructura general de las distintas neurosis en tanto categoría nosológica, diferente particularmente de las psicosis, y, por otro lado, la neurosis que se transfiere a la relación entre analista y analizante durante el análisis. Se puede deducir entonces que la liquidación —aquí y ahora— de la neurosis instalada en la relación con el analista implicaría la liquidación de la estructura neurótica. Sin embargo Freud dejó un tendal de contradicciones sobre esta cuestión.

Lacan retoma el problema de la finalidad y el final del análisis en torno a la destitución del analista como soporte de la función del SsS. Su apuesta es que dicho fin puede ser alcanzado, lo cual significaría que el analizante pasó por la experiencia de la caída del analista como soporte de la transferencia. Esto implica la supresión en el analizante de la función del Sujeto supuesto Saber. Caída, ya no de tal o cual representante de dicha función, lo que puede generar una serie interminable, sino de la función misma que conlleva un cambio de posición subjetiva fundamental. Cuando Lacan propuso el dispositivo del «Pase», no solamente lo hizo para reclutar analistas a quienes la escuela podría ofrecer reconocimiento o garantías conforme a su formación, sino también para tener un espacio propicio a fin de investigar los efectos en el analizante del cambio de esta posición subjetiva que resultaría de la terminación de su análisis personal. Las dos cuestiones, para Lacan, convergen sobre el mismo vértice, puesto que entendió que el pase por el final del análisis era la condición necesaria para ocupar legítimamente el lugar de analista para otros.

Puedo decir de otra forma lo que acabo de circunscribir. La finalidad del análisis concierne a la revelación de que el Otro, el Otro sin castrar que es transferido al analista... no existe. Esto significa que el Otro está barrado (A/). La asunción subjetiva de la castración en el Otro por parte del analizante implicaría quedar, por primera vez, advertido de que el Sujeto supuesto Saber era una ilusión sostenida con gran amor y cuya pérdida conlleva un difícil duelo. Habiendo pasado por la experiencia final de la desconsistencia del ser de su analista, estaría en condiciones de soportar la transferencia para sus analizantes «sabiendo» cuáles son las consecuencias de su acto.

No se me escapa que lo que acabo de decir, puede resultar chino básico para muchos de ustedes o bien recetas repetidas al hartazgo que funcionan como etiquetas de los grandes problemas del psicoanálisis.

Intentaré en este seminario abrir un poquito este cofre bien cerrado.

Recién definí al Acto Analítico en función del momento final, conclusivo del análisis correlativo a la liquidación de la transferencia. Fíjense que en esta definición no planteo que el analista sea el agente de tal acto. No es él quien se suicida en tanto SsS sino que «cae» de ese lugar para el analizante como consecuencia de los «actos analíticos», por los efectos que tales actos del analista fueron teniendo en el analizante a lo largo del análisis.

El asunto central que quiero plantear es la relación lógica que debiéramos encontrar entre el Acto Analítico, tal como lo acabo de precisar, y los actos analíticos en sentido estricto. Está demás decir que no todo lo que hace el analista participa de la dimensión del acto analítico. ¿Pero cuáles son los que podríamos incluir en dicha clase? ¿Cómo precisar la estructura lógica de las intervenciones del analista que participan del estatuto del Acto Analítico? Dicho de un modo más simple, ¿qué virtud o que propiedad debe tener un acto analítico para que su efecto contenga y realice parcialmente la meta final? Por ejemplo, si yo defino como acto una intervención cuya dominancia es un efecto de fascinación en el analizante (no es un ejemplo cualquiera sino uno de los nudos cruciales del problema) me contradigo. De esa forma robustezco la fe transferencia y por consiguiente mi intervención cae dentro de la bolsa de las resistencias al análisis, más precisamente las resistencias del analista para alcanzar la meta que supuestamente se propone.

Todo lacaniano conoce la propuesta de Lacan que acabo de referir de la caída del analista como garante de la función SsS con la que discute a Freud la hipótesis del análisis interminable. Sin embargo, a mi juicio, no se indagó lo suficiente el estatuto de los actos que tienen el efecto de suprimir la función del SsS. La dimensión de acto en una intervención del psicoanalista no puede ser ajena a la relación transferencial. No digo que el contenido significativo de su injerencia aluda al psicoanalista, sino que la eficacia del acto analítico como tal reside en reducir la transferencia. No incluyo en la categoría de actos analíticos las maniobras del analista que no contengan esta condición.

Propongo entonces que un acto analítico sea definido como tal, sí y solo sí promueve la destitución del Sujeto supuesto Saber. Este es el intrínquilis del asunto, porque, por otra parte, es necesario que el analista intervenga desde el lugar donde la transferencia la ha promovido.

Siguiendo el argumento lógico que vengo planteando, definiré el estatuto de los actos analíticos en función del objetivo de confrontar al analizante con el agujero castrativo a nivel del Otro a fin de disolver la religiosidad transferencial. O sea, revelar la falla en el analista para lograr el fin implícito o explícito de la demanda transferencial cuyo cimiento implícito es que el Otro no falle.

Cuando menciono el agujero castrativo a nivel del Otro, me refiero a su inconsistencia del Otro como lugar del saber. Y en el comienzo de un análisis, he aquí la paradoja, lo primero que el analista debe conseguir es instalarse en la posición de quien está en condiciones de ofrecer garantías a ese Otro no barrado, aquellas que, por otra parte, el análisis debe revelar como falsas garantías. Las frases reiteradas de Lacan a lo largo del seminario del Acto, tales como: «el analista le tiene horror a su acto» o «el acto psicoanalítico es precisamente a lo que el psicoanalista parece oponer el más furioso desconocimiento», me parece que resuena fuertemente en torno a este dilema: si hay acto... el analista cae. Es lamentable ver por el contrario cómo la inmensa mayoría de los analistas protegen ante sus analizantes el ropaje de infalibilidad, de incuestionabilidad, de supremacía, etc. con la que fueron adornados por aquellos.

Retomo la pregunta decisiva: ¿cuáles son los modos de operar a fin de llevar al derrumbe de una disposición estructural tan vigorosa como la función del Sujeto supuesto Saber? El poder de la sugestión puede llegar a tener efectos terapéuticos significativos, pero no son del mismo orden de los que resultan de la cura analítica sino todo lo contrario: refuerzan la alienación del sujeto al deseo del terapeuta con la que construye un superyó, generalmente más permisible pero dentro de la lógica del fantasma. La ascesis ética que promueve el análisis es de otro orden.

Esta cuestión me lleva de pleno a la diferencia entre enseñanza y transmisión del psicoanálisis. El núcleo vivo del psicoanálisis sólo puede transmitirse en acto, en actos psicoanalíticos cuyos efectos van quebrantando las creencias del analizante sin que éste necesariamente sepa que fue pasando durante el trayecto. Por supuesto que el valor de la enseñanza es fundamental, pero tratándose del psicoanálisis nos encontramos con una roca viva ante la que se erige: «de eso no quiero saber». Y el resorte último de la renegación precisamente concierne a la castración en el Otro. Si damos crédito a la definición de Lacan de que «la verdad que revela el psicoanálisis es que el Otro no existe» habremos de agregar que dicha verdad no es transmitida por medio de la enseñanza; puede enseñarse como pueden explicarse las causas químicas, las conmociones físicas y emocionales de un orgasmo pero el goce alcanzado allí sólo puede «saberse» por experiencia.

Hay cierta homología entre la experiencia del orgasmo —en tanto momento conclusivo del camino al que conducen todos los placeres preliminares de la relación sexual— con el estatuto de Acto Analítico. Ustedes podrán objetarme que la equivalencia no es válida ya que el acto sexual no existe. Pero no se puede decir que el orgasmo sea una ficción. Lo que sucede es que cuando se alcanza la meta a la que apunta el deseo sexual, algo de un goce fusional, lo que se realiza es bien diferente a lo buscado. Sobreviene una *petite mort*, una experiencia subjetiva donde cada uno de los amantes desaparece de la escena destinada al encuentro supremo. ¿Y en la realización del Acto Analítico? Al final, el analista —en tanto Ss— des—fallece (A/) con la correlativa pérdida del consistencia del ser del sujeto en la dimensión del fantasma.

Lacan criticó a Freud diciendo que «salva al padre». Por su parte Freud se confesó que «era demasiado padre como para poder ser mejor analista». Que haya constatado en su clínica que el análisis es interminable implica de hecho que sus pacientes no liquidaban la transferencia, no liquidaban al padre idealizado y protector. ¿Sería el resultado de haber sido demasiado paternalista con sus pacientes? Pero muy a menudo encontramos en el texto freudiano afirmaciones contradictorias a tal postura. En el análisis que Hilda Doolittle tuvo con un Freud ya anciano, éste le dijo un día: «En el análisis la persona (del analista) muere después que el análisis termina...En el análisis la persona está muerta después que el análisis termina, tan muerta como su padre». Para Freud era claro que el final del análisis convergía sobre el mismo acontecimiento que él mismo había conjeturado acerca del origen de la ley humana: el asesinato del *Urvater*. El punto de origen de lo reprimido (huella del acto parricida) constituye —en su versión mítica— la piedra angular donde se asentó el edificio de la religión, es decir la resucitación imaginaria y simbólica del padre omnipotente ya muerto. Freud había advertido que al inicio del análisis el analista se convierte en un nuevo personaje que da cuerpo a la función redentora del todopoderoso y también que el final del análisis estaría signado por el derrumbe de dicha religiosidad transferencial dejando la ausencia del padre omnipotente al descubierto. El final del análisis sería una suerte de reedición del mítico acto parricida original y el consecuente desamparo a los hijos sin padre. Por supuesto que no se trata de la muerte sino, en términos de la estructura lógica, de la castración del gran Otro.

Entonces vuelvo sobre la pregunta central que estoy desplegando: si el núcleo duro que trasmite la operación analítica es algo que concierne a la subjetivación de aquello que condensa el matema A/ ¿cuál sería la estructura de los actos a través de los que se alcanzaría ese resultado?

Adelanto mi respuesta: los actos analíticos deberían ser los ejecutores de aquello que sintetiza el matema S(A/), dos de cuyas transcripciones dadas por Lacan son: «el significante de la castración en el Otro» o «el significante de la inexistencia del Otro». Ese significante, indicado con la S mayúscula que antecede al paréntesis, sería el comisionado de ejecutar el acto cuya consecuencia es la tachadura del gran Otro o la revelación al sujeto de su inexistencia. Dicho de otra manera, los actos analíticos tienen la misma estructura que los actos sintomáticos puesto que el matema del S(A/) designa el punto por donde el mensaje del inconsciente entra en colisión con el campo del saber.

La primera observación que subrayo de lo anterior es que, como expresó Lacan en la clase 6 del seminario que estamos trabajando, «si algo caracteriza la posición del psicoanalista, es precisamente que sólo actúa en el campo de intervención significativa que acabo de delimitar». Se trata de aquello que la tradición analítica ha establecido como interpretación pero que no tiene nada que ver con la

acepción común de este término. En el seminario *La lógica del fantasma*, clase 14, Lacan se expresó al respecto, de la siguiente manera:

Todo lo que hagamos, que se parezca a ese S(A/) no responde nada menos que a la función de la interpretación. Va a jugarse conforme al sistema de la metáfora (...). ¿Es por un efecto de significado, como parece indicarlo la metáfora, que opera la interpretación? [No] Quiero decir que la continuación de este discurso que les tiendo les dará las razones por las cuales el efecto de significación [no efecto de significado] se precisa, se define y va a especificar la interpretación como un efecto de verdad. (...) Entiendan bien lo que digo: efecto de verdad que no podría de ninguna manera ser prejuzgado de verdad de la interpretación.

La interpretación analítica sólo puede alcanzar la dimensión de acto en la medida que el valor dominante del mensaje que porta no recaiga sobre el sentido o el significado de lo enunciado sino sobre el sonido de las palabras. Algo que comparte con la poesía y la técnica del chiste. A diferencia de esta operación significante, si la interpretación está centrada en el significado, si se focaliza en el registro del saber, sus efectos son sugestivos, o sea, engordan al Sujeto supuesto Saber. Lacan se esforzó siempre por demarcar, en la intervención interpretativa, la disyunción entre los efectos de saber y los efectos de verdad. En «La dirección de la cura...» escribió lo siguiente: «Si la interpretación no es más que lo que resulta del material, quiero decir, si se elimina radicalmente la dimensión de la verdad, toda interpretación no es más que sugestión».

Repito, dado que este es el punto más denso de lo que estoy planteando: si la interpretación, por medio de un juego de consonancias significantes, no alcanza el fundamento no significativo, puramente fonológico de la palabra del analizante, sólo ingresa en el cuerpo del saber, lo cual, insisto, queda bajo el abrigo del Sujeto supuesto Saber.

La interpretación a fin de lograr su dimensión de acto analítico implica una repetición significante, o sea tiene que hacer sonar una unidad significante del dicho revelando su equivocidad, la desligadura entre sonido y sentido.

La segunda deducción del hecho de definir los actos analíticos según la lógica articulada en el S(A/), es que el acto interpretativo en el análisis es un modo de manipular los significantes para alcanzar lo real. En un trabajo titulado «La interpretación analítica: una cuestión de lo real» que presenté en la reunión Lacanoamericana de Rosario hecha en 1999, vinculé la interpretación analítica en tanto acto, a lo real, en un momento en que esto resultaba impensable, aunque Lacan ya había planteado tal articulación muchos años antes. Por lo general se metía en la bolsa de lo simbólico los efectos imaginarios de la interpretación y al acto, como una categoría diferente, quedaba adherido a lo quedaba por fuera del campo significante .

La especificidad del chiste, por ejemplo, es producir risa más allá del significado del mensaje. Si seccionamos los tiempos lógicos de los efectos del chiste, vemos que en primer lugar el receptor se ríe y sólo luego cree entender el mensaje recibido. Muchas veces sucede que si explica lo que comprendió quedamos decepcionados. Sucede entonces que el mensaje llega a destino, en primer lugar, como pura letra, habiendo atravesado la pantalla del saber y desencadenando la risa. El receptor es impactado por un mensaje... sin saber, sin sentido. Es lo que Lacan denomina «efecto de significación» o efecto de verdad o efecto de metáfora que es también efecto poético. El efecto de significación es de lo real, lo simbólicamente real en tanto que por medio del significante se produce precisamente un vacío de saber, una falla en el campo del saber. En un segundo tiempo lógico de dicha operación significante, el agujero vuelve a suturarse cuando el receptor cree entender el significado del mensaje. No es el mismo sujeto o mejor dicho no es la misma mitad del sujeto la destinataria de este mensaje. Un solo mensaje y dos destinos. Es en tanto puro elemento fonemático evacuado de sentido que la unidad significante del dicho interpretativo (palabra, frase, etc.) alcanza su real. A veces el efecto de goce, poético, podemos decir, no lo advierte el receptor ni tampoco el analista.

El significante del Otro barrado —S(A/)— circunscribe ese instante donde el sujeto es afectado por ese encuentro con lo real, antes de haber entendido algo. En los actos analíticos ese significante taladro del saber, lo ocupa la interpretación o más particularmente un elemento clave dentro del

enunciado interpretativo. El posterior cierre del agujero está destinado a restablecer la religiosidad transferencial que por un instante —ignorado por el analizante— tambaleó.

Como pueden advertir, estoy sosteniendo que los efectos de la interpretación analítica no se pueden verificar en expresiones tales como «ahora comprendo».

A partir de este desarrollo quisiera subrayar hasta qué punto lo propio de la interpretación analítica en tanto acto está alejada de una explicación destinada a agregar un nuevo significado, no importa cuál. Con el saber ofrecido por el analista se refuerza su lugar en la transferencia... la principal resistencia al análisis. Porque cuando Lacan afirma que el Otro no existe (en lo real), ese Otro al que se refiere en esta afirmación, es el lugar del saber. Lo real no ingresa en el campo del Otro sino como falla.

Habiendo brevemente demarcado la lógica de los actos analíticos como actos preliminares del acto final, intentaré identificar otro tipo de intervenciones del psicoanalista. Aquí es preciso diferenciar aquellas que preparan el terreno para plantar la semilla del acto, de aquellas otras intervenciones destinadas francamente a consolidar la función del Sujeto supuesto Saber. En estas últimas la triquiñuela suele ser un ejercicio férreo, despótico, imperativo, arbitrario, fatuo, etc. de la escena analítica que suele llevar al analizante a la convicción que verdaderamente su analista dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Por suerte estos pacientes también están divididos, como todo el mundo, y sus síntomas perduran en calidad de «resistencia del sujeto» al abuso de poder del analista. Esta práctica requiere entonces, alguna justificación teórica debido a sus precarios resultados, como por ejemplo que en un análisis no se trata de disolver los síntomas neuróticos sino que lo que se pretende es que aprendan a bancárselos. Hay un trasfondo de verdad en estas justificaciones y es que un análisis no aspira a curar el inconsciente, pero sí la transferencia. Sólo que este último punto queda en el más profundo desconocimiento. El síntoma neurótico no es sinónimo del *sinthome*.

P.: *En relación con esta reconceptualización teórica y práctica que Lacan realiza, también debemos considerar el paso previo que da Freud cuando abandona la hipnosis y la sugestión, con una fundamentación teórica y con modificaciones técnicas, que implican desconsistir esa figura del hipnotizador, aunque este otro tramo lo deja no pudiendo intervenir de otra manera para darle lugar a su caída.*

N.R.: Efectivamente, y esa posición de Freud le permitió hacer su descubrimiento del inconsciente y fundar el campo freudiano. Se dio cuenta que hay otra vía para aliviar los sufrimientos neuróticos que las indicaciones, las sugestiones, las explicaciones, las coerciones y otros métodos empleados por la autoridad psiquiátrica de su época; eligió el camino de darle la palabra a la verdad reprimida del sujeto que retornaba medio dicha en los síntomas. Y resulta muy importante destacar que en nuestra práctica el analista no es el dueño de esa verdad, él sólo reescribe aquello que lee en lo que dice el analizante, y éste tiene que advertir también que el *maître* de la escena analítica, no es Otro que el inconsciente.

Un fenómeno que caracteriza lo poco perceptible de dicho cambio de mando en el transcurso del análisis, es que el analizante lentamente va perdiendo esa confianza, ciega al principio, en la palabra del analista. Sus dichos dejan de resultarle una profecía reveladora o una guía segurísima y empieza a considerarlos como opiniones, buenas o no. Pero este sentimiento no es fácilmente confesable. Por ello, hablar de estas cosas, para aquellos que están en análisis puede resultar de lo más molesto. Pero ¿cómo no plantear a quienes quieren practicar este oficio que también en sus propios análisis personales la meta esperable, cuando es alcanzada, implica pasar por la más profunda des-ilusión?

El aforismo lacaniano del «autorizarse por sí mismo» no se refiere a que el yo pasa a ser la suprema autoridad después de haber desalojado de allí al Otro, sino que el yo transfiere su fe al inconsciente, al significante amo. No es del mismo orden la fe en el Sujeto supuesto Saber que la fe en el Uno.

P.: *Entre efecto de verdad y efecto de sentido ¿hay alguna diferencia?*

N.R.: El efecto de verdad es un «efecto de significación», y tal como dije, conlleva la experiencia del vacío de sentido, una caída del saber. En eso reside lo de cernir un encuentro con lo real. En cuanto a la expresión de Lacan «efecto de sentido», nunca me terminó de quedar claro si Lacan la

empleó siempre de la misma manera o con esa misma expresión aludió en diferentes pasajes a cuestiones disímiles. Dado que la palabra sentido muchas veces la homóloga a significado, uno podría deducir que el efecto de sentido es sinónimo de efecto de significado. Este último, sistemáticamente, lo definió como un efecto imaginario pero en cambio la expresión efecto de sentido, dijo que es de lo real. Yo prefiero poner el concepto efecto de sentido en serie con otro que mencioné antes: efecto de fascinación, que también es de lo real. Se vinculan al campo de los efectos del ideal del yo y el superyó. Cuando el significante me llega en una dimensión imperativa, entonces no me interrogo por su significado. El sentido de la orden viene pegado al sonido. Entonces la respuesta es la obediencia automática taponando lo que en el significante hay de equívocidad. El oficial ordena: «soldado firme», éste inmediatamente adopta la posición corporal preestablecida. No se pregunta ¿será cierto? ¿Es verdad lo que me dice? Estas preguntas pueden ser adecuadas a los otros tiempos verbales pero no al imperativo.

Por ejemplo, si el oficial afirma: «Ud. ha trasgredido el reglamento» es algo que se puede poner en duda y eventualmente discutir. Lo mismo si dice: «mañana tendremos que combatir». Y bien, no es del todo seguro, puede que se equivoque. Ahora sí ante la misma orden: «soldado firme», otro soldado saca una lapicera y firma sobre el papel que hay sobre el escritorio ¿desobedeció? ¿Se equivocó? Yo diría que no, que respondió con el mismo automatismo que el anterior, sólo que como el significante nunca es unívoco, entendió otra versión. Diría entonces, que el efecto de sentido se produce cuando el receptor toma al significante como unidad holofraseada, como un sonido pegado al sentido. Está en el extremo opuesto del efecto de significación. Hay una categoría de goce que Lacan nombró «oigosentido» y me parece que alude a este tipo de fenómenos, propios del efecto del mandato superyoico, que en última instancia, es el imperativo de que no haya malentendido.

Recordando a Clerebault, maestro de psiquiatría de Lacan, él estableció a partir de la observación clínica, que todos los fenómenos del automatismo mental en las psicosis se dividían finalmente en dos clases: las voces o eco del pensamiento y el sinsentido. Trasladado al campo de las neurosis, podemos distinguir dos polos donde la función simbólica alcanza lo real, en la voz del superyó y la letra del inconsciente.

En cuanto a los efectos de fascinación, también generan la misma ceguera en cuanto a la equívocidad estructural de cualquier dicho. Tal vez uno de los puntos más difíciles, relativos a la interpretación analítica, sea poder separar los efectos de verdad de los efectos de fascinación. Cuando uno opera con la verdad fácilmente resulta investido de admiración. Dos efectos que van en direcciones opuestas: uno consolida la sujeción al hipnotizador y el otro tiende a desterrarlo.

Quiero ahora poner la lupa en el aspecto significativo de la interpretación. Vengo diciendo que la eficacia de los actos analíticos reside en la posibilidad de alcanzar lo real. Siendo lo real, por definición, lo que no tiene sentido. ¿Quiere decir que la escucha analítica no requiere prestar atención al hilo significativo del discurso analizante?

Llegar a esa conclusión es una ridiculez. Lo que quiero destacar es que esa vertiente del sentido es necesariamente ambigua, indeterminada, aproximada. Por lo general los analistas han creído que en el inconsciente había una especie de reservorio de significaciones ocultas que había que poner en palabras. De lo cual se derivaba la idea que la interpretación tenía que ajustarse con precisión a dicha significación. Y en consecuencia que el paciente entendiera bien lo que le explicaba el analista. Esto es sugestión.

Si fuera por este lado donde se produciría la eficacia del análisis entonces la teoría que tenga el analista sería la garantía de verdad de la interpretación. Por ejemplo para un kleiniano la compulsión a fumar sería interpretada como el deseo de chupar la teta de la madre. Es un extremo grotesco, pero cuando era muy joven un analista me interpretó eso. Lean los casos clínicos publicados y verán que, por lo general, la teoría del analista comanda la significación de la interpretación. También en Freud.

Lo que digo es que los efectos analíticos resultan del juego del significante que equivoca el sentido. Y cualquier analista, en la medida que se ajuste mínimamente al dispositivo, intentará retomar de otra manera el discurso intencional del yo. Esa práctica, aun cuando el analista crea que

está entendiendo y dando a entender algo, generalmente pone en juego lo fallido de la palabra. De ello resulta algo que no es pura sugestión.

Suelo contar un ejemplo del cual fui agente y testigo. Eran tiempos en que empezaba a estudiar y tratar de practicar psicoanálisis. Trabajaba en una clínica psiquiátrica y tuve el privilegio de hacer la entrevista de admisión a una joven de aproximadamente 25 años que ingresó por una conversión histérica de las de antes. Venía en silla de ruedas porque no experimentaba ninguna sensación en sus piernas y tampoco podía moverlas voluntariamente. Estaban como muertas. Ya había leído el historial de Isabel de R de Freud y me evocó su síntoma, dolores de piernas y dificultad de caminar. Había comprendido que el síntoma conversivo era una metáfora, pero no mucho más.

Antes de ser derivada por su médico de cabecera a una clínica psiquiátrica, durante 6 meses recorrió decenas de lugares para hacerse todo tipo de estudios neurológicos, químicos, etc. Como no encontraron nada diagnosticaron que la afección era mental.

En esa primera y única entrevista conmigo, se quejó todo el tiempo del padre: que no la ayudaba, no la comprendía, siempre metido en sus negocios, etc., etc. Después de una hora de interrogarla le digo: «y... con la falta de apoyo de su padre como no va a necesitar una silla de ruedas». No pareció darle importancia a mi interpretación, siguió con sus protestas y reivindicaciones pero al ratito le empezaron a temblar las piernas involuntariamente. No sólo involuntariamente sino que intencionalmente trataba de ocultarme que sus piernas habían recobrado vida. No sólo falta de *timing*, como se dice, de mi parte sino que a su vez ella no había venido para preguntarse nada sino para hacerme testigo de la falta de amor de su padre. Y se sintió violentada por mi interpretación. Salió intempestivamente del consultorio en su silla de ruedas sin despedirse y luego llamó por teléfono al marido para que la venga a buscar. Tres horas después se fue furiosa caminando... «de esta clínica de mierda». Yo, infinitamente agradecido porque había recibido una gran lección.

Un año después revisé en mi memoria el inolvidable «caso» y comprendí la significación del síntoma de otra manera. Era absolutamente engañoso que su padre no le prestaba apoyo. Ella y su reciente marido vivían con el dinero que él le pasaba y lo peor que le dio empleo al marido en su empresa, como para «ayudarlos». Ella también me contó que su padre se creía el rey de la familia y recibía gestos de veneración y obediencia por todas partes. Era por decirlo así, el apoyo económico y moral de su grey. Tomando en cuenta estos datos, a la distancia, comprendí que con su síntoma «realizaba metafóricamente» el deseo de «perder el apoyo» de su padre, lo opuesto de sus reivindicaciones conscientes. Si esta última fuera la significación más ajustada, lo cierto es que con la otra significación la interpretación disolvió ese síntoma. Con lo cual estoy en condiciones de decir que el resorte eficaz de la interpretación fue simplemente haber repetido la fórmula verbal «falta de apoyo» como expresión de otra cosa que una parálisis. Por eso digo, parafraseando a Lacan, que si la interpretación se basa en la explicitación de un significado pero no toca la equívocidad del significante, no realiza un acto analítico.

P.: *En relación con el planteo del final del análisis como destitución del Sujeto supuesto Saber, de lo que se daría cuenta en las instituciones a través del dispositivo del pase, como lo propuso Lacan, en estos tiempos se empieza a ver muchos pasantes que reinician el análisis, es decir, que después del paso por la destitución del Sujeto supuesto Saber se realiza una reposición del Sujeto supuesto Saber. ¿Qué pensás de esto?*

N.R.: La expulsión definitiva de la función del SsS la entiendo como la finalidad del discurso analítico. Que eso pueda alcanzarse de manera definitiva, está por demostrarse. Pero sí, estoy en condiciones de sostener que se puede lograr que dicha función pierda gran consistencia y acarree un cambio de posición subjetiva en el analizante de su relación al Otro. No sé acerca de la durabilidad en el tiempo de tales conquistas, pero se puede constatar que en muchos casos se vuelve atrás. Pienso que el pase por la destitución transferencial no se presenta como una línea clara que divide dos campos, sino como una ancha franja. Hay quienes llegan más lejos y otros menos. Supongo que estos últimos, ante ciertos acontecimientos duros de la vida, por ejemplo, pueden volver al refugio abandonado. Tal vez sea de este grupo aquellos que vuelven a pedir análisis después de haber hecho el pase institucional.

Pero también hay que tener mucho cuidado en cuanto a las nominaciones porque puede suceder que los miembros del jurado de pase no estén en condiciones de evaluar aquello que se les

encomienda. Hace un tiempo leí los informes de los jurados de un pase que resultó en una nominación. Y me llamó la atención que ninguno de ellos abordó las cuestiones de la transferencia, ni siquiera mencionó algo en torno a la cuestión central a investigar qué es la caída del Sujeto supuesto Saber.

P.: *En relación con lo planteado sobre las intervenciones, ¿cuáles serían las referencias para diferenciar aquellas que son preparatorias para el acto analítico y las que son resistenciales?*

N.R.: ¿Cómo poner dentro y fuera de una bolsa a aquellas operaciones que se pueden incluir dentro de las que favorecen el Acto Analítico y aquellas que son francamente resistenciales? Hace unos años publiqué un artículo que titulé «Análisis de la transferencia» donde caricaturicé ciertos comportamientos muy establecidos en el manejo de la transferencia. Los analistas de la ipa solían ser extremadamente cuidadosos con las fijas normativas de un encuadre superprolijo para mantener la distancia, la línea infranqueable entre lo profano y lo sagrado. Una vez me contaron que en una primera entrevista, la analista explicando el encuadre dijo: «si alguna vez nos encontramos en una reunión social una de las dos se tiene que retirar» ¿Por qué? preguntaría. El paciente debía estar a resguardo de mancillar la imagen de su analista frío, neutral, sin humanas pasiones. Todo este tipo de rituales quedan, con justa razón, conceptualizados en términos de «cuidar la transferencia» como condición del éxito del análisis. ¿Pero no evidencia un «furioso desconocimiento del acto analítico»? Una inmensa cantidad de prácticas equivalentes en el manejo de sus pacientes son comunes de observar en círculos lacanianos.

P.: *Con lo cual entramos en la cuestión de la abstinencia del analista.*

N.R.: Hay intervenciones que sin participar de la dimensión del Acto resultan propiciatorias del mismo. Como por ejemplo la regla de abstinencia. A mi juicio el nódulo de la regla de abstinencia reside en no satisfacer la demanda transferencial. Es muy común que, ante una situación complicada, el paciente pida a su analista una opinión, un juicio de valor, una explicación o cosas parecidas. Los personajes que rodean al analizante en tales crisis suelen preguntar: ¿qué te dijo tu analista?

Y bien, entiendo que la regla de abstinencia implica no responder con saber a esas demandas de saber. Saber leer es otra cosa que saber, y mucho menos saber cuál es el bien o el mal del paciente. ¿Acaso un lector no es el que no sabe por anticipado lo que está leyendo? La interpretación analítica tiene que resultar de la lectura, leer de otro modo, equivocar los sentidos aparentes. En vez de ocupar el lugar demandado y amado de un ser razonable, contenedor, omnicompreensivo, responder desde el lugar de un poeta in—sens—acto.

Recuerdan que mencioné que en sus últimos tiempos de vida, durante una entrevista periodística Freud se autocriticó por ser demasiado padre como analista; en contrapartida Lacan dijo que no era lo suficiente poeta para ser mejor analista.

Recuerdo otro comentario de Lacan respecto al manejo imaginario de la transferencia: sean payasos, como hago yo, no me imiten pero yo hago de payaso. No es una cita textual pero creo que se aproxima bastante. El payaso se desenvuelve centralmente en el terreno de lo cómico, no del chiste. Pretende hacer reír con sus infortunios, sus reveses, sus desgracias, es decir exaltando sus falencias. El polo opuesto de impostar una figura intachable. Hacerse el payaso, a fin de desmitificar, de mostrar las fallas de aquel que ocupa el lugar del Otro sin barrar, sería un tipo de intervención en lo imaginario que pone de manifiesto otra cosa, aquella falla estructural en el Otro que la interpretación apunta a revelar en el acto analítico.

En el escrito de «La dirección de la cura...» habló del error calculado del analista. Maniobra destinada a colaborar, en lo imaginario, con el des—enmascaramiento del personaje idealizado por la transferencia. Por supuesto que cada analista va generando su propio estilo en el manejo de la transferencia, sólo quiero subrayar que aquello que por años fue considerado el modelo ideal de analista en tanto auxilia a su paciente ofreciéndose como ideal, va en dirección opuesta al Acto Analítico. Es tajantemente resistencial por parte del analista. Por parte del analizante, es natural. Para eso se analiza.

P.: *¿Cuándo la función de Sujeto supuesto Saber está también instalada en el analista, se la pasa al sujeto, al analizante?*

N.R.: No es que se lo transmita al analizante, sino que por no estar en condiciones de poner en duda la fe en su analista y en el incuestionable «Psicoanálisis», se transforma en un defensor de la fe junto a su paciente. P.: *¿Y la creencia en el analista del Otro barrado?*

N.R.: No hay tal creencia en el Otro barrado. El asunto de la fe es complejo. Hasta ahora sólo traté la función del Sujeto supuesto Saber como soporte de la fe. Pero ¿qué quiere decir creer en la existencia del inconsciente? Uds. sabrán que para Freud lo esencial que debía adquirir un analista para su formación, era la creencia en la existencia del inconsciente. En el extremo de eso, que yo llamaría certeza y no creencia, alcanzar la certeza de la existencia del inconsciente implica la caída de la creencia en el Sujeto supuesto Saber. Esto es lo que Freud no articuló bien.

P.: *En relación con la noción de presencia del analista, ¿cómo se articula a los otros registros? Si es como yo entiendo, que la presencia del analista hace hincapié en lo real.*

N.R.: Pienso que si la presencia del analista tiene que ver con lo real, es en la medida que su persona debe preservar la dimensión de su falta en ser. Es otra manera de plantear lo extraviado que resulta que el analista se crea ser esa persona infalible que le solicita el analizante y construya velos para tapar sus agujeros.

Por otra parte, es dicha falta en el analista la que opera como la causa de su deseo, el del analista. Eso no hay que disimularlo. La regla de abstinencia se limita a no satisfacer la demanda de saber pero también no demandar. No demandarle al paciente que lo obedezca y ni siquiera que lo entienda. Pero eso no implica que se comporte como un espejo de cristal sin manchas ni fisuras, sin deseos. Precisamente es por el lado de la función del deseo del analista, o sea, la falla en ser del analista, que el analizante puede encontrar la abertura de salida de la transferencia.

P.: *La identificación del sujeto con su verdad y consecuente caída del analista al final del análisis ¿acotaría lo pulsional?*

N.R.: Trataré de responder desde un punto de vista lógico a esta difícil pregunta. Parto de un aforismo freudiano muchas veces comentado por Lacan. La finalidad del análisis, dijo un Freud ya maduro, es que «allí donde era el Ello, el Yo —Lacan traduce: el sujeto— debe advenir». Lo menos que podemos deducir es que para el padre del psicoanálisis un análisis lleva a de-construir lo que la civilización edificó en términos de la instancia moral: un dique a las pulsiones. En esta perspectiva no se trataría que el analizante logre dominar mejor sus pulsiones o que renuncie a la satisfacción que ellas buscan. Pero si le preguntáramos a Freud si su afirmación contempla a las dos pulsiones fundamentales, la sexual y la de muerte, seguramente su respuesta no dejaría de ser contradictoria.

En la perspectiva de Lacan la cuestión se esclarece; el conflicto no es entre dos pulsiones puesto que la única que define como auténtica pulsión es la que Freud nombra pulsión de muerte. La pulsión es peligrosa para las apetencias de goce fálico, narcisista, fantasmático, superyoico. El último término del llamado goce sexual sería la completud incestuosa, si la hubiera. Si reduzco a su mínima expresión la noción de pulsión de muerte, diría que se trata de la repetición de un trauma cuyo origen es la operación de separación correlativa del tiempo de alienación original del viviente al campo del Otro. El factor traumático de la pulsión ¿qué parte del sujeto traumatiza? Evidentemente no a esa parte del sujeto que estaba en el Ello como no-realizado. Por el contrario, Ello es lo que empuja a repetirse para gozar. Y cuando lo logra...hace fracasar el anhelo de unión complementaria entre el ser y el Otro.